

La crisis de la adolescencia y la educación

FLORENCIO OLLE RIBA

Licenciado en Pedagogía
y Director Técnico (P. E.) del Colegio «Nelly»
Barcelona

El decreto firmado por Su Excelencia el Jefe del Estado el 29 de abril de 1964, publicado en el *Boletín Oficial del Estado* del 4 de mayo del mismo año, sobre la ampliación del período de escolaridad obligatoria hasta los catorce años, plantea una serie de problemas de orden educativo que afectan a toda la organización escolar.

En efecto, en la actualidad nos enfrentamos con una situación bastante paradójica que, a no dudar, planteará serios inconvenientes a la hora de su real aplicación.

En primer lugar están los escolares que, por haber sobrepasado la edad reglamentaria para serles aplicada tal disposición (los nacidos con anterioridad al año 1954), les afecta relativamente, por ser una promoción a extinguir, pero que no por ello debe serles indiferente su problema, por la serie de inconvenientes en que se hallan inmersos de manera circunstancial.

Pero el verdadero problema se plantea al considerar a los alumnos que en la actualidad se hallan ya afectados por tal disposición. Tales alumnos, en el momento presente, se ven obligados a considerar su situación de manera diferente, según sea la modalidad de estudios que escojan, y que puede resumirse así:

1.º Los alumnos que, siguiendo una escolaridad regular en la escuela primaria, se hallarán a los catorce años, al dar por finalizados sus estudios, en posesión del certificado de estudios primarios.

2.º Los que estando en posesión de dicho certificado querrán continuar sus estudios, los cuales, después de ser sometidos a un examen de madurez, podrán matricularse en el tercer curso de bachillerato general o laboral.

3.º Los que a los diez años, y según sea su promoción escolar, podrán, automáticamente, y sin previo examen, iniciar los estudios de enseñanza media o bachillerato.

Indudablemente, cada una de estas modalidades de estudio tiene sus peculiaridades.

En el orden estructural del armazón educativo pueden surgir serios inconvenientes, y no pocas desorientaciones, al tratar de acoplar ciertas normas educativas a alumnos que, evidentemente, no serán preparados de forma cíclica para afrontar una realidad que puede quedar desfasada por tal causa.

Ahora bien, es indudable que, al margen de los diferentes matices que el problema plantea, hay que tener en cuenta que el escolar, en todos los casos, es una entidad única, tanto en lo físico como en lo mental.

Por tanto, su formación, en fase de desarrollo, no puede variar en lo esencial, al margen de lo puramente instructivo. La estructura mental del niño, salvando las naturales individualidades, tiene idéntico fin a cumplir en el plano formativo.

Si cada uno de los diferentes aspectos antes apuntados intenta resolver, a su manera, el problema, nos exponemos a una verdadera «deseducación», al pretender, cada educador, imponer su propio criterio, al margen de lo básico y fundamental.

Si el educador limita su acción sobre el hecho secundario de su propia metodología, sólo logrará recargar la mente del niño de un cúmulo de nociones totalmente deshilvanadas que sólo servirán para desfocar el verdadero postulado a que le obliga su misión, premisa elemental para el buen éxito de una auténtica capacitación del adolescente.

Una de las principales funciones de la educación, en la edad nodal de los diez a los catorce años, debe consistir en impartir unos principios perfectamente coordinados, encaminados a que el escolar se habitúe a una clara visión de sus problemas, tanto en el plano afectivo como en el plano intelectual. Es decir, preparar el proceso por el que la personalidad del educando salga lo suficientemente perfilada para enfrentarse con la realidad que se le va a abrir ante sus ojos.

Esta realidad, cuajada de sorpresas, será el

producto de las más diversas llamadas que instintivamente van apareciendo en el transcurso de esta etapa por la que atraviesa el púber.

En suma, no se trata de proporcionar al pre-adolescente una cultura y un saber en dosis menores, de acuerdo con la teoría del *homunculos*—totalmente desacreditada, pero desgraciadamente mantenida por algunos educadores todavía—, sino de dotar a la inteligencia del escolar de aquellos conocimientos básicos y necesarios, de acuerdo con las propias evoluciones psicológicas y de los intereses predominantes en cada uno de los momentos vitales de la evolución.

Es del todo imposible movilizar las facultades intelectuales del escolar sin haber suscitado antes un interés, de acuerdo con sus necesidades vitales.

Esta ley fundamental, que es válida para todas las edades, se convierte en imperiosa necesidad en la etapa de la pubertad, cuando la mayoría de las iniciativas vienen predeterminadas por una serie de estímulos que convierten al alumno en campo abierto a todas las iniciativas y realizaciones, cuyo fondo se halla sustentado sobre la base del interés psicobiológico, el gran secreto de la educación, como afirma Claparède.

Pero, desgraciadamente, este proceso se ve truncado con demasiada frecuencia. Muchas veces, el educador, inconscientemente, falsea este proceso por múltiples causas, siendo la más peligrosa la falta de una verdadera entrega vocacional, que da origen a una serie de complicaciones que minimizan al estudiante.

Y lo desconciertan precisamente en una edad en la que necesita de todos los alicientes y de todas las comprensiones para superar la crisis natural por la que atraviesa su evolución.

Porque, tal como afirma L. Guarnero en uno de sus excelentes trabajos (1): «Los maestros, ora elementales, ora medios, aunque sean personas competentes en su materia, no siempre son educadores. Para ser tales bastaría tener vocación por la propia formación y amor a los niños, a los jóvenes. A veces no tienen ni la una ni lo otro. Son enseñadores escrupulosos, masticadores de nociones, migajas de cultura, pero no son educadores. Ignoran la psicología del niño, del adolescente, del joven. Algunos consideran a los muchachos de la enseñanza media con la misma medida que si fueran estudiantes universitarios. A veces son gente culta y docta, pero no les interesan los muchachos. Parten el pan de la ciencia por deber y por necesidad.»

No quiere esto decir, ni mucho menos, que la causa de todos los fracasos educativos—principalmente de orden instructivo—sean imputables a esta drástica afirmación. Hay que tener en cuenta otros factores no menos influyentes y determinantes.

Uno de ellos es el que nos viene dado por el gran porcentaje de alumnos que, a partir de los diez años, se internan por los caminos de una

enseñanza superior para la cual no han sido preparados. Unas veces ello puede ser atribuido a una deficiente formación en la escuela primaria, y otras, a la falta de un fondo innato de cultura potencial que debería haber sido impartida, como por endósmosis, en el medio social de donde proceden tales alumnos.

Es indudable que lo uno y lo otro es una auténtica realidad con la que debemos enfrentarnos los educadores. Principalmente, la falta de capacidad innata para la asimilación progresiva de técnicas superiores es uno de los mayores hándicaps con que tropieza nuestro esquema educativo actual.

El afán de cultura que hoy predomina en todas las esferas sociales, como producto de un mayor nivel de vida, ha modificado muchos aspectos de nuestra vida colectiva. Pero también debemos convenir que tal evolución social ha provocado cierto desnivel psicológico en ciertos estratos sociales, en cuanto al desarrollo de determinadas capacidades intelectuales, que en otra hora eran transferidas tanto por la herencia como por la educación ambiental.

Pero esta particularidad no debe desalentarnos, y menos sumergirnos en un conformismo estéril que a nada práctico puede conducir. Ciertamente fallan muchas capacidades a la hora de planear futuras aspiraciones, pero también es indudable que las modernas técnicas educativas nos dan grandes recursos para enfrentarnos con esta realidad.

Otro factor no menos característico—yo diría primordial—, que se da de manera manifiesta en esta etapa de la evolución, es el que viene predeterminado por la crisis de orden funcional que afecta por igual a todos los escolares, sea cual sea su origen social: el paso de la infancia a la pubertad.

Porque, como escribe Moragas: «Entre la infancia y la adolescencia se produce un notable cambio en la esfera intelectual. Muchos niños que han conseguido excelentes calificaciones escolares, al penetrar en la adolescencia obtienen otras muy bajas, y no sólo porque haya variación súbita y desmedida en el tipo de disciplina, sino porque la adolescencia representa también un cambio profundo en la calidad de la inteligencia.

Aumentan las posibilidades de la aprehensión, y los estudios se hacen más perfectos, pero disminuye la comprensión y se anula la inteligencia» (2).

Por consiguiente, es totalmente necesario que, al enfrentarnos con los problemas que esta edad plantea, tengamos un esquema, lo más aproximado posible, de las posibilidades del niño, así como de las reacciones a que puede verse sometido.

Como es natural, tal esquema evolutivo sólo será posible ajustarlo a los rasgos más esenciales, y a modo de valor indicativo de relatividad

(1) LUISA GUARNERO: *La edad difícil*.

(2) JERÓNIMO DE MORAGAS: *Psicología del niño y del adolescente*.

manifiesta, ya que las diferencias individuales en ninguna otra etapa evolutiva se nos aparecerán tan dispares y discordantes.

El clima, el sexo, el ambiente social y familiar, la constitución genética, etc., pueden dar origen a la puesta en marcha de ciertos mecanismos intelectuales, cuya consecuencia inmediata será un mayor contenido de madurez intelectual, así como también ciertas carencias o influencias de orden variado pueden frenar este proceso y retardar la puesta a punto de algunas características que, por lo regular, deberían aparecer en momentos prefijados, y todo ello dentro del ritmo de un correcto y normal desarrollo.

Asimismo, debemos tener en cuenta que, en igualdad de circunstancias y situaciones, la muchacha siempre se anticipa al muchacho en uno o dos años en este proceso evolutivo, tanto en lo somático como en lo mental.

Así, por ejemplo, en la muchacha se inicia el aumento de talla entre los diez y doce años, mientras que en el muchacho este proceso no empieza hasta los trece. Entre los once y doce años aparece en la muchacha el desarrollo mamario y pélvico, proceso que corresponde en el varón al desarrollo torácico y muscular, y que tiene lugar entre los catorce y quince años (Moragas). La hembra termina el desarrollo de su morfología femenina alrededor de los dieciocho años. En cambio, el varón no alcanza este desarrollo hasta los veinte (Gamelli).

En cuanto a la vida afectiva, hay también una marcada diferencia entre el muchacho y la muchacha. Normalmente, el muchacho se siente más adherido a las personas; la muchacha, a las cosas. En el muchacho se observa una mayor agresividad, mientras que la muchacha da pruebas de una más dulce placidez.

El muchacho cifra su orgullo en la fuerza, en la velocidad, en la habilidad para el juego; la muchacha, casi siempre, cifra sus preferencias en el ornato físico, en los vestidos y, por lo regular, en el orden. Las emociones le producen en la muchacha una alteración extensa y variada, mientras que en el muchacho esta alteración es casi siempre más profunda y duradera.

Por tanto, independientemente de las individualidades propias de cada sexo—con relación a los diferentes períodos sensibles—, y al margen de los variados procesos de maduración, pueden darse una serie de patrones de conducta que califican a cada una de las edades en que se divide este proceso.

No obstante, hay que tener en cuenta que la cronología de la madurez mental es puramente hipotética, pues tal como afirma Pende, cada período conserva, por lo regular, algunas características del precedente y se anticipan otras del siguiente; esto es, no es posible establecer una precisa edad como corte neto entre una y otra manifestación.

Como simple orientación, creemos oportuno dar una serie de orientaciones que pueden servirnos

de base de actuación al intentar encauzar las reacciones de nuestros educandos comprendidos en el período que va desde los diez a los catorce años, período el más difícil para el educador, por los múltiples problemas y conflictos que a diario se plantean.

LOS DIEZ AÑOS

Al llegar a los diez años, el niño se inicia en el período de perfeccionamiento, dejando atrás al que podríamos calificar de preparación.

A esta edad, el escolar da pruebas de un fino razonamiento mental. Su compleja facultad de asimilación da inequívocas pruebas de una gran receptividad activa. No obstante, cabe señalar que se observa en él cierta tendencia hacia la candidez—más en los niños—, en todo lo que afecta a su receptividad emocional.

La conceptualización y generalización de hechos y cosas se halla en sus inicios, por lo que es prematuro exigirle un formal razonamiento en las materias que forman la estructura de su plan de estudios. Su abstracción se inclina más hacia lo activo (hablar, construir, compendiar, etcétera) que a trabajar de manera consciente y regular. Su interés es, por tanto, limitado e intermitente.

El niño de diez años es normalmente franco, sin complejos ni oposiciones y con gran tendencia a la compenetración con sus amigos, así como también con los adultos. En cambio, la niña da muestras, principalmente en el hogar, de un nuevo período de oposición, con una marcada tendencia a la supervaloración de «yo». Ello da lugar a diferentes choques emotivos, en particular con la madre, con la que está, con frecuencia, a «rabiarse».

Normalmente, esta agitación se diluye con rapidez, abriendo paso a períodos de calma y comprensión. Este estado de inestabilidad transitoria de que da pruebas la niña debe considerarse como normal, dado que no es más que el anuncio del inicio de la pubertad, cuyos signos esenciales se observan en todo su organismo físico. En cuanto al niño, parece no haber experimentado cambios esenciales en esta edad, dado que su ritmo de evolución es mucho más lento y, por tanto, los signos de madurez son mucho más sutiles.

Si los educadores están atentos a la evolución de los diez años, pueden lograr un verdadero encauzamiento de la vida del escolar, por poco que se lo propongan, ya que es el momento vital en que su inteligencia comienza a elaborar nuevos conceptos. Por tanto, en un clima de actividad interesada el escolar puede rendir bien, entusiasmándose por sus estudios, e incluso poniendo gran afecto en los profesores que saben estimularle y ofrecerle iniciativas y fines a cumplir.

Pero téngase en cuenta que el interés, en esa edad, es limitado, por lo que es necesario ofrecerle gran variedad de temas e ideas para suscitar continuas iniciativas de orden positivo.

Por tal causa es necesario advertir que no debe confundirse la disciplina colectiva del grupo con un conglomerado de escolares pasivos y aturdidos. A los diez años, debido a la falta de control de sus intereses, el niño necesita de cierta libertad controlada. A veces le gusta consultar con algún compañero de clase; en ocasiones intenta concretar ideas con el profesor; en ciertos momentos necesita levantarse de su sitio para realizar alguna intrascendente diligencia (hacer punta al lápiz, echar un papel en la papelera, etcétera). Si se le concede cierta libertad de acción, puede no abusar de ella y comportarse con sensatez y discreción. En caso contrario, cuando se pretende inmovilizar la acción innata y espontánea, puede dar origen a un estado de indisciplina latente, que, inevitablemente, explotará, de forma individual o colectiva, a la menor oportunidad.

Normalmente, en clase, lo que más le gusta es la Geografía, en su forma activa y práctica, así como los dictados, en particular si se les da cierto carácter de competición. La Aritmética, por lo regular, es la asignatura que menos les interesa. Debido a su deficiente atención y a su menguado poder de abstracción, les es bastante difícil relacionar dos hechos distintos en la solución de los problemas. No obstante, las niñas, como consecuencia de su más avanzada madurez evolutiva, pueden superar a los niños en este aspecto concreto de las matemáticas.

Por tanto, si sabemos plantear una estructura educativa de acuerdo con el momento vital por el que atraviesa el escolar en esta época del desarrollo, pueden obtenerse excelentes resultados. El trabajo intelectual y el esfuerzo en la tarea escolar dependerá, en gran parte, de la habilidad de los que estén encargados de su dirección y orientación.

LOS ONCE AÑOS

Los once años representan el periodo más delicado de la evolución. Principalmente, para el niño es el momento más crítico de su existencia.

Según Gasell, los once años señalan el comienzo de la adolescencia en su etapa puberal. Es el instante en que aparecen nuevos patrones de conducta que determinan toda una gama de variado interés, tanto en la formación de la personalidad como en la evolución de la sociabilidad. Para Moragas es la etapa clave para la afirmación o la desintegración de la personalidad.

El tránsito de la niñez a la mocedad no se hace en un solo tiempo, sino en muchos tiempos; y ni el muchacho ni cuantos le rodean se dan cuenta de lo que ocurre. El púber tiene aún cosas de niño y se siente como un muchacho. Sus padres y educadores también lo ven como muchacho y como niño, y le exigen que sea muchacho para lo que él aún se siente niño, y lo tratan como un niño para lo que él se siente muchacho.

Tal discrepancia en la apreciación de sus intereses va inclinándolo al adolescente hacia la rebeldía, consecuencia de lo cual es la minimización del esfuerzo de comprensión de todo cuanto le rodea. Esta circunstancia—que afecta más al muchacho que a la muchacha—viene agravada por la verdadera crisis de la adolescencia, que en el muchacho adquiere verdaderos caracteres de excepción por la particular configuración de su naturaleza biológica.

En efecto, según Marañón, «el ser, al comienzo de su evolución, es bisexual. Por razones cromosomales, se inclina más tarde hacia lo viril o hacia lo femenino. Las dos sexualidades evolucionan con un ritmo sucesivo y no coincidente. Este hecho nos permite descubrir en cada individuo el paso sucesivo de lo femenino a lo masculino. La feminidad precede siempre, en su evolución, a la masculinidad como etapa menos diferenciada que es. Y así, el niño varón, al salir de la infancia y sobrevenir la pubertad, es, en realidad, una pubertad doble la que sufre: primero, la del paso del periodo infantil al femenino; e inmediatamente después, la del paso del periodo femenino al masculino.

En la mujer, la pubertad no tiene, por el contrario, este carácter doble. De la niñez pasa la mujer, directamente, a la fase de la madurez femenina. En la mujer no se observa rastro alguno de la evolución del otro sexo, del accesorio, de la virilidad, hasta el momento de la decadencia. La pubertad de la mujer es simple y no doble, como la del varón; sólo, pues, merece la pubertad de éste—y no la de la mujer—el nombre de crisis. La mayoría de las mujeres adquieren su plena feminidad muy pronto, apenas tras puesta la pubertad» (3).

De aquí, pues, la gran diferencia en la evolución de la muchacha y del muchacho en esta edad. Esta necesita etapas más lentas para su afirmación, así como para la puesta a punto de su personalidad. El educador consciente debe tener muy en cuenta este fenómeno, a fin de prevenir posibles e innecesarias frustraciones, que podrían ocasionar innecesarias irregularidades en el desarrollo escolar.

Este estado de cosas, normalmente, predisponen al muchacho a una inconsciencia temperamental: por lo regular, se vuelve antipático, insolente, agitado, malhumorado, etc., con toda una gama extemporánea de intereses negativos. Por tal causa necesita de cierta comprensión—no complacencia a ultranza—, es decir, controlar sus reacciones sin forzar las situaciones con insistencias reiteradas, y menos aún con tajantes imposiciones.

La muchacha, por el contrario, se muestra más suave y complaciente. Por lo regular, aprovecha esta circunstancia para intentar obtener lo que quiere, en cuanto a caprichos y concesiones se refiere.

(3) GREGORIO MARAÑÓN: *Estudios de endocrinología*.

La gran mayoría de chicas han iniciado ya su periodo de crecimiento—en altura—, completando esta particularidad con un desarrollo corporal uniforme en las diferentes partes de su cuerpo.

En su vida escolar, el muchacho, a consecuencia de la crisis por la que atraviesa, se vuelve voluble y exigente, y hasta cierto punto, indisciplinado. Pero si se le sabe encauzar, generalmente, se entrega a su labor con cierta afición e interés. En caso contrario, puede nacer cierta velada incompatibilidad, que será el origen de desagradables conflictos, en los que la autoridad del profesor se verá puesta a prueba con frecuencia, debido a las cambiantes reacciones que determinarán ciertos patrones de conducta totalmente negativos.

De presentarse esta alternativa, no deja de ser desagradable, ya que se pone en juego, nada menos, que la autoridad del profesor. Situación muy delicada y comprometida, pues la severidad y la dureza son totalmente ineficaces para lograr un correcto encauzamiento educativo. Los castigos y las humillaciones, en tales casos, obran como un reactivo exasperante, del que nada práctico puede esperarse, ni para el alumno ni para el profesor.

«Con ello el educador nota una "mejoría" y cree poder apuntarse un éxito educativo. Pero, en realidad, nada ha variado. Ocorre únicamente que, por miedo al castigo, no sale a la luz la rebeldía; se retiene lo que antes se manifestaba libremente y que quisiera ir manifestándose. El resultado es la iniciación de una doble vida en el muchacho, que se convierte, posiblemente, en un hipócrita; o se consigue que el muchacho acumule su resistencia y la deje aparecer de otro modo y en otra parte» (4).

No obstante, hay que hacer observar, como dato positivo, que el muchacho de once años prefiere más a los profesores exigentes que a los que le tratan como un niño.

En cuanto a las chicas, si bien parecen más fáciles de encauzar, hay que tener en cuenta que, dada su particular evolución, se inician en una especie de coquetería intrascendente que pone de manifiesto sus volubles caprichos y sus discordantes nimiedades. A esta edad, muchas niñas acostumbran a proceder de manera totalmente opuesta a los dictados de su conciencia. Cometan, deliberadamente, ciertas intemperancias y algunas pueriles acciones, de las que se ufanan entre ellas.

La asignatura que menos les atrae continúa siendo la Aritmética (los problemas en particular), debido a la falta de aptitud para reconocer las relaciones entre los hechos. En cambio, lo que más les gusta es dibujar, pero dibujar sus propias ideas, sin someterse a reglas ni a modelos ajenos.

Debe tenerse en cuenta también que en esta edad el organismo, tanto en lo somático como en lo psíquico, sufre una serie de transformacio-

nes debidas principalmente a la química corporal y al proceso del crecimiento estructural del sistema nervioso. Por tal causa nada tiene de particular que, incluso en el mejor régimen de enseñanza, la fatiga intelectual se presenta con reiterada frecuencia en el transcurso de la jornada escolar. La apatía, la desgana, el desinterés y la distracción que normalmente se atribuye a la holganza y al capricho obedece, casi siempre, al estado de anormalidad funcional por la que atraviesa el púber en esta delicada época de su existencia.

LOS DOCE AÑOS

Los doce años traen una mejor estabilización del sistema emocional. Particularmente el muchacho se vuelve menos exigente y más razonable. En cuanto a la muchacha se observa, asimismo, una evolución más definida.

En la mayoría de las muchachas, en el transcurso de este año, aparece la menstruación. Este hecho biológico tiene la virtud de equilibrar, de manera favorable, su actividad emocional. La armonía de su desarrollo, que se va completando en todos los órdenes, facilita una mayor conciencia de sí misma, lo que la predispone a ciertas adaptaciones más sensibles y más tranquilas.

No obstante, esto no significa, ni mucho menos, que los aspectos negativos de su conducta hayan desaparecido por completo, sino más bien que se han suavizado al aceptar ciertos principios de responsabilidad personal.

El egocentrismo, tan propio de la infancia, en este momento está en franca decadencia, tanto en el muchacho como en la muchacha. Ambos adquieren una nueva visión de la vida, ya sea con relación a sí mismos o con relación a los demás.

Por tanto, se vuelven más sociables, menos exigentes, con una tendencia manifiesta a ensanchar su campo de conciencia.

A esta edad, la atracción sexual se manifiesta de manera inconsciente, pero real. No obstante, lo más frecuente es que la convivencia, las relaciones extraescolares, la alternancia entre muchachas y muchachos—casi siempre de forma colectiva—acaben mal, es decir, con marcada indiferencia o con extemporáneas riñas y greserías, en las que las muchachas no se muestran menos activas. A las chicas les gusta alternar con muchachos de más edad que ellas, con los que se sienten más identificadas, pero no menos caprichosas. Normalmente son las muchachas las que más hablan entre ellas del sexo opuesto, así como es frecuente sean ellas las que, de hecho, buscan los más insignificantes pretextos para relacionarse y alternar con los muchachos.

Por consiguiente, en toda organización escolar en cuyos centros se imparte—aunque por separado—la educación de ambos sexos, se debe tener muy en cuenta esta particularidad.

(4) H. ZULLIGER: *Los niños difíciles*.

En cuanto a la actividad docente, la labor de la clase se ve regularizada y normalmente manifestada por un auténtico entusiasmo, con evidentes ganas de saber y de aprender.

Pero aunque el escolar puede comprender el significado de los hechos en su trayectoria interna y causal, no se puede pretender por tal causa un rendimiento superior a sus posibilidades. No obstante, puede serle exigida una total entrega a sus estudios, ya que puede con ellos.

En caso contrario, si por una tolerancia mal entendida se ve inmerso en una disciplina poco consistente aprovechará todas las oportunidades para alterar el orden de la clase. Hay que saber matizar, pues lo mismo ocurrirá en aquellas clases que estén a cargo de un profesor que, a falta de personalidad, sea excesivamente autoritario.

El hecho de haber perfilado su estructura mental y haber entrado en una etapa racional de concentración intelectual, las matemáticas, que hasta ahora eran su punto débil, empiezan a entusiasmarles. De tal manera esto es así, que el cambio sorprende a los mismos profesores, que consideraban como torpeza la falta de agilidad mental observadas en los años anteriores. Tal cambio afecta, en particular, a la movilidad y coordinación de reflejos mentales para la resolución de los ejercicios prácticos.

Asimismo, los temas literarios gozan de marcada preferencia, principalmente los relacionados con la historia. También les gustan los temas de interés científico, con preferencia aquellos que entrañan algún experimento de laboratorio, por simple que sea.

Los temas deportivos, en especial la gimnasia y el fútbol, entusiasmo a todos los muchachos. En cambio, en las muchachas este espíritu deportivo es menos intenso y perfilado, y su preferencia se centra en actividades menos violentas.

Para los escolares de esta edad, momento en que la evolución se especializa, la máxima educativa debe ser: firmeza y vigilancia, por un lado, y cierta dosis de libertad individual, bien matizada, por otro.

Con esta norma se pueden proponer muchos fines a cumplir, ya que es el momento ideal en que por la natural idiosincrasia evolutiva es la época en la que menos inhibiciones y frustraciones se producen, siempre, claro está, si el educador es lo suficientemente hábil y experimentado para dominar la situación.

LOS TRECE AÑOS

El cambio que se produce a los trece años suele ser muy profundo. «El púber tiende a conjugar las distintas cosas, a interiorizarse, en pensar en lo que le rodea. Este estrechamiento, esta comprensión, produce una considerable cantidad

de energías, pero la forma en que ésta se consume depende del éxito de la organización» (5).

Por tal motivo, el escolar da pruebas de un alto sentido del deber y se hace digno de toda confianza. No obstante, y quizá por tal causa, el muchacho se vuelve más reservado, más interiorizado, siendo muy sensible a las críticas de que puede ser objeto.

Todo su estado emotivo se desarrolla en un plano de franco equilibrio, de aparente calma. Le gusta estar solo y entregarse a sus pensamientos: éste es el motivo por el que, generalmente, tiene pocos amigos o amigas.

La separación espontánea de los sexos se impone de manera real. La afinidad y convivencia de los doce años se ha enfriado lo bastante para reflejar un cambio total en las relaciones interpersonales de ambos sexos.

En efecto, por lo regular, tanto las muchachas como los muchachos sienten menos interés en relacionarse unos con otros, debido a múltiples causas de orden evolutivo. En este aspecto es quizá la época más tranquila de toda la adolescencia. Este es el momento en que parece establecerse una especie de equilibrio entre lo somático y lo mental.

En realidad, la muchacha media de trece años ha alcanzado el 95 por 100 de su estatura adulta, así como en su desarrollo físico se observa un rellenamiento de las partes deprimidas que confiere a su figura un aspecto más estilizado.

El muchacho de trece años ha empezado ya a dar el estirón definitivo. La voz se hace más grave en la mayoría de ellos, observándose frecuentes altibajos tonales, preludio de un cambio total.

En este momento la inteligencia comienza a concretar lo que ha de ser, es decir, todo el mecanismo mental característico del adulto se halla ya preparado para el desarrollo de nuevas iniciativas, que darán origen a un marcado afán de saber, impulsado por un entusiasmo organizado y sostenido.

Ante tal coyuntura el educador deberá planificar un patrón de conducta de acuerdo con tales características, ya que tanto la muchacha como el muchacho poseen un sentido crítico muy desarrollado y una perspicacia muy sutil para adaptarse a la situación que se va creando en torno a ellos. Es decir, su conducta estará de acuerdo con la personalidad del profesor, independientemente de la asignatura que éste tenga a su cargo.

Cuando se halle ante un auténtico profesor se comportará como un adulto ordenado y disciplinado. En caso contrario, los choques serán inevitables por los sentimientos de hostilidad que surgirán.

Si el profesor, por falta de tacto o por inexperiencia, recurre a decisiones supremas, puede afirmarse que la incompatibilidad se extenderá a las más insignificantes situaciones. Ante tal

(5) A. GESELL : *El adolescente de diez a dieciséis años*.

emergencia, al profesor sólo le queda el recurso de imponerse por la exigencia y la imposición.

Pero téngase en cuenta que el autoritarismo, en tales ocasiones, es la peor arma que puede esgrimir el profesor. Como muy bien expresa Carnois: «El educador autoritario es un débil puesto que solamente puede asegurar el orden de la clase en menoscabo de la libertad del escolar de una manera presiva. Compensa la inferioridad de su persona apoyándose en la superioridad—completamente impersonal—que le da su función. El educador que posee la verdadera autoridad no se encuentra desamparado en los casos inevitables de indisciplina, y la sanción que se ve obligado a elegir no habrá sido escogida para defensa de su persona, sino para defensa del muchacho o la muchacha contra sí mismo, para hacerle adquirir conciencia de su falta y hacerle aceptar la sanción» (6).

A esta edad lo que menos gusta al escolar, en general, es la gramática. En cambio, las matemáticas, en todas sus especialidades, son aceptadas con agrado, y llegan a familiarizarse con ellas si les son dadas a base de demostraciones prácticas, con ejercicios sobre diferentes temas. Asimismo raro es el muchacho que no se siente atraído por las ciencias, mayormente si la didáctica de su enseñanza está basada en la mayor cantidad posible de experimentos y demostraciones prácticas.

LOS CATORCE AÑOS

Los catorce años marcan un cambio positivo en la evolución de la personalidad. Este cambio puede resultar muy beneficioso para la educación si se aclerta con las normas y exigencias a que se va a someter el escolar.

Puesto que éste ha adquirido una personalidad más firme y más completa, es aconsejable darle cierto margen de confianza en sus iniciativas, si deseamos obtener de él todo el rendimiento de que es capaz.

No obstante, es preciso esté integrado a cierto control para encauzar debidamente sus criterios y decisiones. Es decir, el equilibrio entre la libertad y la limitación es, en esta etapa, la mayor garantía de disciplina.

Tanto el muchacho como la muchacha adoptan una actitud más ponderada hacia los problemas que afectan a su propia formación.

El pensamiento abstracto y el pensamiento deductivo se hallan bastante armonizados, por lo que puede serles exigida una mayor entrega para el estudio. No obstante para que esta exigencia sea provechosa es necesario individualizar, en lo posible, su instrucción, así como ofrecerle algunas orientaciones encaminadas a adquirir nuevos conocimientos sobre su propio desarrollo, lo que le inducirá a sentirse más seguro de sí mismo.

A esta edad la evolución somática de la muchacha, con su indudable influencia hacia lo mental, se hace muy marcada. Por lo regular, la chica de catorce años posee una silueta más propia de una mujer joven que de una niña. La altura será casi la definitiva. Sus reacciones, tanto emocionales como nerviosas, son muy parecidas a las de la mujer adulta.

Ello da lugar a que la muchacha se muestre muy extrovertida, le guste el contacto con los chicos—al revés de lo que ocurría un año antes—. Esta nueva faceta de su evolución crea verdaderos problemas, lo mismo para los padres que para los educadores, debido a que el adolescente no puede hallarse en posesión de una clara experiencia.

Téngase en cuenta que el instinto, a causa de su precaria inconsistencia, se halla en estos momentos carente de los más esenciales puntos de apoyo para darle una idea, aunque sea aproximada, de la responsabilidad que su morfología sexual le impone.

Su espíritu gregario le induce a sentir un interés extremo para sus amigas, de entre las cuales pretende sobresalir por sus cualidades o por su figura, o bien por el «éxito» alcanzado entre sus amigos varones.

Todo ello hace que un grupo de chicas de catorce años sea una amalgama de ideas, de opiniones, de discusiones intrascendentes que se manifiestan en todas las ocasiones que se presentan. Es la época en que el teléfono funciona con más intensidad y las comunicaciones son interminables. Asimismo es el pleno auge de las estridencias, del tocadiscos a todo volumen, de la coquetería superficial, de las imitaciones ridículas y del inicio del *snobismo* hacia determinadas artistas de moda.

No es que los muchachos no se dejen arrastrar por parecidas influencias, pero se puede observar que esta actitud se desenvuelve en tono menor, casi como un juego. Todavía debe transcurrir algún tiempo para que pongan en ello la impetuosidad y la estudiada picardía de que da pruebas la muchacha en esta edad.

Por tanto, para el muchacho, la situación es bastante diferente. Aunque su desarrollo en estatura va en aumento, su madurez mental no se halla totalmente perfilada. Por tal causa este período de transición les hace más reservados en cuanto a la atracción que siente por la muchacha. No obstante, esta transitoria manera de conducirse no priva de que se establezcan ciertas relaciones de alternancia e intimidad y camaradería, pero todo ello se ve rodeado de cierta ingenuidad en contraste con la premeditada negligencia que emplea la muchacha en casos y situaciones parecidas.

Por tal motivo, las chicas, aunque alternen con los chicos de su misma edad, por regla general, los prefieren mayores, principalmente para ciertas actividades, tales como fiestas, excursiones, paseos, etc. Esto nos viene demostrado por el he-

(6) A. CARNOIS: *El drama de la inferioridad del niño*.

cho real de que algunas muchachas, en momentos de espontaneidad, confiesan sentir como una especie de «vértigo» al alternar con ciertos muchachos, mientras que éstos —edad por edad— no parecen mostrarse tan alterados en su aspecto emocional por la proximidad de las chicas. En la mayoría de los casos los muchachos toman a las chicas como blanco de sus críticas, burlas, bromas, etc., más que como atracción sexual, al contrario de lo que ocurre con las chicas al proyectar sus preferencias hacia chicos de uno o más años de edad.

Por tal motivo es necesario un control y una vigilancia, pero discreta, por parte de los padres y educadores con relación a la muchacha, pues en su inconsistencia o ignorancia sobre los problemas de su sexo la hacen vulnerable a ciertos riesgos y peligros.

Con relación a esta emergencia conviene advertir que nunca debemos dejarnos llevar por un proteccionismo arcaico que a nada práctico conduciría. Esta protección, esta vigilancia, nunca debe ampararse en la imposición, en la prohibición o en la amenaza. Sería ineficaz casi siempre, pues en tales casos la muchacha se vuelve taimada, hipócrita y caprichosa, librándose con frecuencia a sus propias decisiones, escogiendo el camino que cree ser el más idóneo para su circunstancial manera de pensar o de sentir.

El mejor método será la información sobre su sexo, los comentarios sobre los peligros que pueden acarrear sus volubles decisiones, a fin de que se dé cuenta de la sinceridad que guía a los padres al insistir en tales pormenores.

En su vida escolar la diferencia entre ambos sexos se pone de manifiesto de manera reiterada, principalmente al enfocar los problemas de la vida: más intuitivas las muchachas, menos profundos y menos lógicos los muchachos. Al muchacho le apasionan los deportes; las muchachas sienten más interés hacia actividades de orden social.

Por tal causa, una clase de alumnos de catorce años es a veces difícil de sujetar. El profesor o la profesora deben estar atentos al menor detalle para orientar su actuación a base de la prudencia y de la sutileza suficiente para imponer su autoridad por medios que se aparten tanto de las imposiciones como de las concesiones. Misión difícil, en efecto, pero de resultados excelentes si se sabe matizar con habilidad.

Así, por ejemplo, el muchacho, aunque se adapte perfectamente a la clase, es probable no dé de sí todo lo que es capaz, ya que considera el aula como un medio y no como un fin. El escamoteo del tiempo y de las energías que debería emplear en sus estudios los usará con frecuencia para alterar el orden de la clase, amargando la vida del profesor, siempre *in crescendo*, según la reacción y los métodos empleados por éste para reprimir o encauzar tal estado de cosas.

La muchacha, por su parte, incurre también en tales casos a ciertas intemperancias de mal gus-

to: excesos en el vestir, pintarse los labios, fumar algún cigarrillo (esto también ocurre con los chicos), calzado inapropiado, desinteresarse del uniforme —si es obligatorio en el colegio—, etcétera. Si el educador es varón empleará con frecuencia ciertas sutilezas y halagos para imponer su voluntad. Si el educador es mujer, por lo regular se mostrará en desacuerdo con ella, zahiriéndola con descaradas críticas sobre su manera de vestir o de peinarse, sobre su manera de andar, sobre los más insignificantes detalles de su persona, etc.

Pero si la profesora tiene cierta personalidad y obra con tacto, todo este cuadro negativo puede convertirse en pura cortesía, atenciones y hasta llegar a cierta camaradería positiva, que, salvando las distancias, acercarán a la muchacha a su educadora con un cariño y una sumisión ejemplares.

Pero ello, siendo posible, es muy difícil de lograr. Depende de la habilidad y de la preparación psicológica de la profesional que convive con un grupo de muchachas de esta edad.

Un detalle muy significativo es el que nos demuestra que la muchacha responde mejor al incentivo artificial de las recompensas, mientras que el muchacho, sin despreciar tales incentivos, se ve mejor compensado con un halago merecido, un estímulo moral o una mención, por insignificante que sea, sobre su comportamiento o sobre su interesado aprovechamiento.

En cuanto al deporte, las preferencias de ambos sexos se van especializando. La chica de catorce años, por lo regular, no siente una definida atracción por ninguno de ellos. A la mayoría les encanta el baloncesto; luego, en menor cantidad, prefieren el esquí o el tenis. En cambio, los chicos parecen concentrar sus preferencias por los juegos de fuerza y habilidad. El fútbol es, casi siempre, el deporte que les interesa en exclusiva.

Los alumnos más inteligentes (chicas y chicos), en general, suelen destacar en matemáticas, composición y latín.

* * *

Como corolario a nuestra exposición terminaremos con una acertada definición que hace Le Gall y que por sí sola vale por todo un método educativo: «El viaje de la educación, como el viaje de la instrucción, no son nunca viajes tipo. Cada niño, cada adolescente, impone un itinerario y un ritmo de marcha. Si a toda costa se quiere conducir a toda la grey al mismo paso, usar los mismos reclamos o servirse de los mismos correctivos, el número de rezagados, lisiados y desertores señalará pronto a los pastores el error que han cometido no solamente en el itinerario, sino también el objetivo que hay que conseguir» (7).

(7) LE GALL: *Caracterología de la infancia y de la adolescencia*.